

RECUERDO, CUANDO ME DEJAN...

Ricardo SALABERRIA OLAIZOLA

Dicen que no hay pulgas en las butacas del Teatro Victoria Eugenia. Digamos que su terciopelo granate me provoca un prurito irresistible y que tengo dificultades para estarme quieto en el asiento.

Suena la Décima Sinfonía de Schostakovich. Música angustiada, que me atemoriza. Interpretan los músicos de la Orquesta de San Petersburgo, ayer de Leningrado.

Necesitaria licuarme, disolverme en la linfa materna, para refugiarme en un medio seguro y nutritivo. Tengo miedo, tengo miedos. Sospecho que la gente me observa, quizá molesta por mis continuos rascados. ¿Qué voy a hacer si me pica? Ellos tosen y destripan caramelos con papel de celofán. ¡Aguántalos!

Durante el descanso del concierto, un pedante, despistado por los gestos poco "académicos" del director de orquesta, me aborda:

-¿Tú crees que se puede interpretar algo bueno con un señor tan raro?

-Pero, ¿no has escuchado esa versión asombrosa?, contesto.

Se escabulle entre el público fumador. No aguanto a los pelmas redichos, y menos cuando estoy emocionado. Otro asistente dictamina que el director es cirrótico; el de más allá, que tiene una descoordinación neuromuscular que le provoca unos extraños braceos...

Yo, por una vez desde hace mucho, me he dejado invadir por la música y me he abstraído, desentendiéndome de esos tiquismiquis.

Esta noche la psiquiatra me ha felicitado por mi comportamiento y me ha animado mucho. Lo necesito.

Todas las mañanas, temprano, salgo de Rentería y circulo con mi coche por las calles y carreteras de la provincia. Desde el primer metro de vía debo observar todas las normas que me surgen imperativas, como estatuas, en las aceras y arcenes. En los semáforos en rojo pierdo el tiempo mirándome las manos: veo que cada día que pasa tengo más arrugas, marcadas a buril. Me palpo la cintura y adivino que este verano asomará al aire y al sol más inflada que en el anterior. Me siento raro.

En mi cabeza están omnipresentes las normas de la ortografía y las del Código de Circulación. Se me acelera el pulso cuando oigo decir: "garrulos", en vez de "gárrulos". Ese acento en la "á" se me hace tan sabroso como una docena de percebes de Jaizkibel.

Sin embargo, esta temporada ando flojo de apetitos, en plural. Es que... Si muevo el coche y sigo en marcha cansina: la Ertzaintza me observa, me controla y me fotografía; un poco más allá, la Guardia Foral me observa, me controla y me fotografía; y desde otro rincón, la Guardia Civil me observa, me controla y me fotografía. No tengo escapatoria. He empezado a leer las multas, que tienen una redacción similar en los tres autores, como si fuera literatura moderna. Examinó las fotos-testigos y apa-

recen, invariablemente, mi auto, mi cogote o mi jeta de bobo apresurado. Todas estas cosas me afectan mucho. ¡Debo guardar las limitaciones de velocidad: 50, 60, 80, 100, 120,... nunca más! Números insidiosos, vigilantes. Míos, como glóbulos rojos.

Me gustaría ser perfecto y estar rebozado en perfección. (Aquella escurrida decía: "perfección".) Sufro, sufro,... con todas estas cosas.

-Encontré a Rufina en el hall. Acompañaba a la telefonista, sin hablarla. La saludé con un gesto. Rufina me confesó, en secreto, que al día siguiente marchaba para su casa, pues la daban el alta. Me comentó que había nacido en Palacios de la Sierra, en Burgos. Yo le comenté que conocía bien aquellos parajes: Vilviestre del Pinar, Quintanar de la Sierra, Neila, Duruelo de la Sierra,-sí, está ya en Soria-. Ella me miró agradecida y contenta de que yo expresara mi admiración por la belleza de aquellas montañas y pinares.

Al año volví a toparme con Rufina en el mismo hall. Le pregunté si ya había vuelto de los pinares... Se le humedecieron los ojos azules y tristemente musitó:

- Aún no me han dado el alta. Siempre me repiten que mañana iré para casa... ¡Bah! ¿Tú crees?

Estoy capado por tantas normas y reglas sin sentido práctico: "buenos días", al entrar; "adiós", al marchar; "gracias", cuando te dan o quitan algo. "La mujer, al pasear, a tu derecha; el asiento para ella, aunque sea más joven; no empieces a beber la cerveza hasta que ella no vuelva de los urinarios".

"No eructar, ni pedar, ni rascarse,... en público". Y tampoco en privado, para entrenar el aguante. Sin embargo...

- Entra un animalote en el Consultorio de Rentería y, a voz en grito, pregunta:

- ¿Dónde hay que ir para tomar la vacuna antirrábica?

- ¡Será la antigripal!, contesta socarronamente el celador.

- ¡No! La antirrábica, para mí...

- ¡Hombre!, por favor. La antirrábica es para los perros.

Para ti, creo, será la antigripal. Allá, en la segunda puerta.

- Bueno, pues eso,... ¡tanta historia!

Y marcha, sin avergonzarse, hacia la consulta del practicante.

¡Quién pudiera andar por la vida con ese desdén por las formas

Me duele la cabeza. Estoy angustiado. La psiquiatra dice que, entre otras cosas, soy un obsesivo. Obsesivo.

Me miran los literatos con estimable suficiencia... Se sonríen,

se ríen. ¡Qué vergüenza! ¡Ellos tan cerca y tan lejanos! ¡Sufre, comediante!

- Se me acerca Araceli con una moneda de cien pesetas en la mano.

- Oiga, por favor, ¿me introduce la moneda en ese teléfono y me marca un número?

- Sí, mujer. ¿Qué número?

Lo deletrea. Marco y espero a que alguien me conteste.

- Un momento, que le van a hablar...

- Sí, papá. Soy Araceli. Pues... estoy muy bien.

Dentro de poco iré a casa. Bueno, ... ¡adiós!

Transcurre más de un año. Araceli se dirige a la telefonista y, nerviosa, le insta:

- Ponme con este número... Mi padre me tiene dicho que puedo llamarle cuantas veces quiera, a cobro revertido.

- No puede ser, Araceli. Usa el teléfono de monedas.

- Es que... ¡no llego a él! Está muy alto.

Oiga, señor, ¿me marcaría este número?

- Sí, mujer,... Un momento que le van a hablar.

- ¿Papa? Soy Araceli. Pues... estoy muy bien.

Dentro de poco iré a casa. Bueno... ¡adiós!

La psiquiatra reitera su diagnóstico. Me invaden preocupaciones que no puedo alejar de mi mente. Me acuerdo, a menudo, del pecado original y de tantos otros pecados. Pecados, o lo que sean, que otros han maquinado para que sean pecados para mí y los sufra en mi interior, buscando mi dolor, mi contricción, mi arrepentimiento...

Declaro: yo no he inventado las tablas de la ley; los límites de ningún tipo; los radares; las multas; los confesionarios; la jefatura de tráfico... Alguien dijo, además, que la inocencia es al mismo tiempo la angustia.

Un filósofo nórdico. ¿Obsesivo? Seguramente.

- Rafa Villasierra me agarra del brazo y con ademanes nerviosos me declara:

- Ese cuadro, que ves en la pared, es mío. Lo puse yo ahí, bien clavado. En él está el padre, mi padre, mi padre...

En el centro del cuadro está pintada la puerta del nicho donde me van a enterrar. ¡Hombre! Me van a enterrar en Arabia Saudita. Bueno, no, en el País Vasco, en el País Español, o... no, en Arabia Saudita. El nicho, pintado...

Luego vienen otros muchos por detrás, en tropel,...

Está bien, joder, ¡vienen y vienen! Pero te pisan, te enredan, te arrollan,... y se lían todo. Pero, es igual.

Eso... y entonces parece que aquello es de los otros

Pues, ¡qué sea su padre! El de ellos... Su padre...

¡No te jode! ¿Qué no soy el hijo? Pues... ¿Tienes un cigarro? ¿Quieres un cigarro?

En ese momento la telefonista de recepción grita:

- Rafa, al patio o a la calle.

Como sigas hablando y enredando en el recibidor...

¡te quitamos el pase!

¡Si hubiera aprendido a pelear; si me hubiera ejercitado en defensa personal...! Hubiera sido un hombre seguro de mí mismo, fuerte y guapo. Ahora, como paliativo, me han recomendado que haga gimnasia todas las mañanas: diez minutos, diez flexiones, diez genuflexiones,... con tiesura y con ritmo, ritmo. Sin embargo, me canso mucho y me aburro de moverme ante cuatro telarañas.

- Paseo por la estrecha carretera y, de pronto, veo a Julito que asoma su cabeza por el alto seto, escala una pilastra de la verja de cierre y jugándose el físico, desciende y hace pie en la carretera.

Parece que huye. ¡Ay, Julito, golfo! Anda a barquinazos. Es cojo. Se dirige a la entrada principal y pasa despacio por las puertas abiertas de par en par. Julito es un tío raro. Esta tarde le he visto hasta seis veces esta extraña vuelta al ruedo. ¿Buscará nuevos caminos?

Duermo mal. He perdido la sonrisa y de la risa no me acuerdo. Mi cara se arruga y tengo ojeras. Todos me miran con conmisericordia.

Quisiera tener alguna esperanza. Se me hace imposible librarme de dos opresiones: la ortografía y el código de circulación.

Ultimamente me han aconsejado que, para romper estas ataduras internas, irreprimibles, debería despreocuparme y olvidarme de algunas normas, para mí atosigantes.

Recientemente he empezado, tímidamente, a escribir: barca, guebo, vurro, evilla, hestúpendo,... y no me ruborizo en demasía.

Cuando circulo por las calles y carreteras voy haciendo cortes de manga y sacando la lengua a las señales de tráfico y a los semáforos. Lo hago cada vez con más frecuencia... Los días que estoy animadillo: si aparece un "stop" idiota = acelero, sin parar; una limitación imbécil a 50 = paso a 100; si es a 100 = corro a 200 kms. por hora,... así, hasta reventar el motor.

También procuro embriagarme casi todas las noches y conducir en estado semicomatoso. Hace poco me pararon en un control nocturno de alcoholemia. Primero vomité y luego empecé a carcajearme desaforadamente. Me obligaron a soplar fuerte. Lo hice, mientras me sobaba la entrepierna y le guiñaba el ojo a un ertzaina rubio que me miraba despreciativo.

El alcoholímetro marcó: 2,9. Bien, como una cuba. Estaba ciego y revoltoso. Además, según me han contado mis familiares, debí romper algunos talonarios y aparatos de la furgoneta de la Ertzaintza y con un triángulo fluorescente le arreé en la cabeza al ertzaina desdeñoso.

Me detuvieron con fuerza y a la fuerza. Les juré y perjuré que en cuanto saliera de la cárcel iba a repetir las mismas barbaridades, para mí liberadoras.

No me sueltan. No sé dónde estoy. Me llevan de aquí para allá, siempre a lugares extraños, llenos de gente rara, como Julito, Rafa, Araceli...

NOTA.- Ama, mándame una muda limpia, papel y bolígrafo. No sé cuándo te veré, quizás pronto. Estoy practicando la escalada. Muxu bat.

(Cuartillas halladas en el suelo de la habitación nº 184 del Hospital Psiquiátrico Provincial, tras la fuga del paciente MARIA-NO P.S. historia clínica nº 69).